

LEON PRERROMANO Y CANTABRO

Por Eutimio Martino

MA 8982

León prerromano suena en nosotros equivalente a *León astur*, pero no son del todo equivalentes. No podemos olvidarnos del *León cántabro*, de una extensión sustancialmente inferior, pero de un peso específico propio, que viene a coincidir muy aproximadamente con el partido judicial de Riaño (*). Por lo demás, cántabros y astures eran pueblos afines. Cuanto afirmemos aquí de las características de los cántabros podrá prolongarse a los astures como una suerte de reflejo, ya que no como un haz de plena luz directa.

El carácter de esta charla será eminentemente sintético. En varios trabajos actualmente en prensa desarrollamos analíticamente los temas que aquí presentamos como resultados de una larga investigación. Los brindamos a vuestra atención tan arropados en vuestra benevolencia como desprovistos de las pruebas que han de hacerles mantenerse en pie. Se trata de otros tantos hechos históricos de importancia nacional, en los cuales podemos contemplar la actuación de esto que llamamos *León cántabro* con la mira puesta en el tema de fondo que nos mueve: el de la identidad leonesa.

Esto que denominamos *León cántabro* lo designaremos también como *Cantabria leonesa*. En la primera expresión se hace referencia a León, y en la segunda a Cantabria. Los temas históricos, los hechos importantes, que vamos a reseñar simplemente, nos desvelan rasgos de una identidad actuante, de la cual procedían, rasgos que podremos observar más tarde como constantes permanentes a lo largo de la historia. Así es que, tras la contemplación de las cumbres históricas, pasaremos a fijar unas constantes humanas que llegan a nosotros, la corriente de la identidad leonesa.

Desde luego que esta corriente podría tomarse desde más lejos, desde pueblos pre-célticos, para-célticos, proto-indoeuropeos, ibéricos, de los cuales nos brindan sugestivos atisbos la toponimia y la hidronimia, pero sólo atisbos. Nos perderíamos en el arrullo de la sugerencia y en la fascinación de la protohistoria. Con los cántabros y astures de las tierras de León es como nos colocamos en la piedra firme del umbral de la historia. Pero esta última frase "la piedra firme del umbral de la historia" me parece más bien excesiva. ¿No estará la historia siempre sujeta a revisión?

I. CUMBRES HISTORICAS

I. FRENTE A LA CONQUISTA ROMANA

Repasemos con un par de trazos los límites de la Cantabria leonesa. Al norte el límite del Sella

(*) El presente trabajo está relacionado con el recientemente publicado en esta misma revista: E. MARTINO, "Sajambre: Los Cántabros y la Reconquista". *Tierras de León*, 34-35 (1979), pp. 107-137. Allí puede ver el lector las referencias bibliográficas y documentales que aquí se omiten. En especial sobre nuestra teoría de la guerra cántabra, puede consultarse una formal exposición de la misma bajo el título: "La Guerra cántabra. Nueva lectura de las fuentes". *Miscelánea Comillas* 70 (1979) (en prensa).

deja a Sajambre para Cantabria, límite que enlaza en Cofiñal ("Confinante") con la divisoria entre Esla y Porma, con la cual baja hasta Cistierna, en donde tuerce sobre el Cea y Almanza, para seguir al este hacia Guardo. Como decíamos, viene a coincidir con el partido de Riaño. En tierras de León el *Astura (Esla)* es la gran divisoria entre los dos pueblos hermanos, el que da su nombre a los astures (debiéramos decir *ástures*).

Esta Cantabria leonesa constituye el vértice nordeste de la provincia, que avanza hacia la conjunción de vértices de cuatro provincias —León, Oviedo, Santander y Palencia—, conjunción constituida por los Picos de Europa. Aquí habitaban los cántabros leoneses en comunicación, a través de las estribaciones de los Picos, al norte, con los de Cangas de Onís, al nordeste, con los de Liébana, y al este, con los de Guardo.

Para el año 29 a. C. sólo permanecían fuera de la obediencia de Roma, en la conquistada *Hispania*, los cántabros y astures, dos pueblos muy belicosos, en especial los cántabros. Ya es bien sorprendente que se hayan mantenido hasta ahora independientes. Hace ya casi 200 años que Roma puso el pie en la península en su duelo con Cartago. Han caído en primer lugar Levante y Andalucía, después, el interior. Ya hace más de 100 años de Numancia y Viriato, más de 40 de la fundación de Pamplona por Pompeyo (por lo demás el territorio vasco parece olvidado en la conquista y en la romanización) y más de 30 del sometimiento de Galicia por César en una especie de reconocimiento militar. Últimamente sucumben los vacceos, habitantes de las tierras llanas de Palencia y Valladolid, la tribu que más largo tiempo resistió. Ahora pasa la antorcha de la resistencia a cántabros y astures, que este año guerrearán con Roma, por más que sólo en choques periféricos, preludio de la gran guerra de conquista.

La causa que Roma aduce para desencadenar ésta consiste en que los cántabros hostigan a sus vecinos con incursiones de saqueo —un hábito frecuente en los pueblos antiguos—: a los del sur, vacceos en Palencia y turmogos en Burgos, y a los autrigones al este, en Vizcaya. El contemporáneo Estrabón señala su falta de trigo y vino. Fácil es deducir que éstos habían de ser los objetivos principales de sus correrías por el sur. Aquí tenemos una constante de la economía deficitaria de los cántabros para en adelante. Por su parte, Roma soñaba con redondear la conquista de *Hispania* suprimiendo el inquietante reducto del Norte, aparte de henchir las arcas estatales con el oro de la Asturia. Y su cabeza dirigente, Augusto, ya en la etapa del *principado*, piensa capitalizar los triunfos militares de la guerra de *Hispania* para consolidar su carrera hacia el ya cercano poder absoluto. El mismo se encarga personalmente de la campaña contra los belicosos cántabros.

Todo está claro en el comienzo de la magna expedición. La llegada de Augusto a Tarragona al comienzo del año 26, el asentamiento del campamento general en Sasamón (Burgos), próximo a la frontera cántabra, la división del ejército en tres columnas con el objetivo de abrazar a toda, o casi toda, Cantabria. Todo está oscuro en el desarrollo posterior, con la excepción acaso de la campaña contra *Aracillum*, presumiblemente *Aradillos*, cerca de Reinosa, colocada en tercer lugar. Al principio fue la guerrilla montaraz, la reacción obvia de un combatiente que se sabe inferior, guerrilla montaraz perfectamente descrita por Dión Casio, que hubo de asestar inevitables golpes a cada una de las tres columnas, conforme se adentraban hacia la montaña.

Por primera vez los cántabros presentaron batalla campal bajo las murallas de *Bérgida* en su premo encuentro en el que fueron derrotados. Pero ¿dónde está *Bérgida*? *Bérgida* es la clave del enigma del conjunto, la puerta del laberinto. Detrás vendrá la campaña del *Monte Vindio*, cuya identificación depende inmediatamente de la localización de *Bérgida*. Y, contando ya con *Aracillum* como *Aradillos*, vendrá, por fin, la batalla del *Monte Medulio*, que supone de alguna manera las precedentes.

Al no hallar a *Bérgida* en Cantabria, se ha buscado la solución por una de dos vías: o corregir el texto, o ponerla fuera de Cantabria; o leer *Véllica*, ciudad cántabra que correspondería al castro

del Monte Cildá (Aguilar de Campoo), no muy lejos de *Aracillum*, por consiguiente, o colocarla, identificada con *Bérgido*, en El Bierzo leonés, el extremo astur opuesto a la Cantabria. No apuntamos tan siquiera la refutación de ambas hipótesis, que desplegamos en otra parte. Pero, bien miradas las cosas, como ambas teorías no se fundan sino en la inexistencia de *Bérgida* en Cantabria, ambas deberían darse por excluidas en el momento en que descubramos a *Bérgida* en Cantabria.

Es tan enigmático el último capítulo de la conquista romana de *Hispania*, la dominación de los cántabros y astures por Augusto, que apenas tiene sentido el proponerse descifrarlo. Por nuestra parte, nunca nos lo hubiéramos propuesto directamente. Pero, si *Bérgida* se atraviesa en el camino, tampoco podemos menos de reconocerla. Aunque, también es posible que, después de haber sido tan desconocida y suplantada, no sea fácil de aceptar por todos.

Pues bien, existe una *Bérgida* cántabra en la Cantabria leonesa, en el Alto Esla, cerca de Riaño, en Burón, a la boca del valle lateral de San Pelayo, donde se puede contemplar su atalaya de la Peña del Castiello. Su nombre se ha perpetuado en la contigua vega llamada *Valberga* (*Valle de Bérgida*), constante desde el siglo XI. Más todavía; el mismo nombre aglutina todavía en la Baja Edad Media los pueblos de la zona —Burón, Liegos, Lario, Polvoredó y Acebedo— bajo la forma de *El Bierzo*. La documentación es absolutamente concluyente. Por otro lado esta *Bérgida* encaja perfectamente en el esquema de la narración y en el monte más acreedor por sí mismo a ser identificado como el *Monte Vindio*, a saber, los Picos de Europa.

El recurso de los cántabros a la guerrilla montará ante un enemigo tan superior como el romano lanzado a la conquista con el pleno despliegue de sus posibilidades lo hallamos perfectamente lógico, pero, entonces, ¿qué decir de la decisión de los cántabros de plantear una gran batalla campal, “un máximo certamen”, como dicen las fuentes, bajo las murallas de *Bérgida*? No cabe decir que desconociesen absolutamente a un adversario que hace pocos años ha sojuzgado a los vecinos vacceos y contra el cual han luchado ellos mismos en vano sólo tres años antes, juntamente con los astures. Además, ¿dejarían de saber que Roma dominaba casi toda España, después de haber conquistado cada región como se lo había propuesto, sin retroceder en ningún caso?

Y, sin embargo, no habrían llegado a semejante planteamiento si no hubieran subestimado la potencia de la maquinaria romana. Pero es un deber añadir que jugó también el factor contrario: la sobreestimación de las propias fuerzas. Y no carecían totalmente de fundamento. Estamos en una región de grandes castros, aunque no los viera en su día el benemérito Gómez-Moreno. Otro más, el de La Magdalena, en el mismo Burón; el poderoso castro de La Corona, en Acebedo; dos en Maraña, La Corona y Castilluengo, otro en La Uña... Pero estamos, además, en la región de los célebres vadinienses, a la cabecera de su foco de lápidas del Esla, que empiezan justamente en Liegos, en el valle de San Pelayo. No es pura casualidad el que la gran tribu de los vadinienses, tan testimoniada en la era de la romanización, venga a enlazar con la heroica *Bérgida*. Sentimos cómo el panorama histórico se ilumina en todas direcciones: hacia atrás, hacia la organización de la resistencia cántabra en torno a *Bérgida*, y hacia adelante, sobre el desarrollo de la más importante de las tribus cántabras, a juzgar por las estelas conservadas. Aun el intrigante problema de su doble foco de lápidas en una y otra vertiente de la cordillera, en el Esla y en el Sella, en Riaño y Cangas, pueden hallar una correcta solución a la luz de la descubierta *Bérgida*. Pero no vamos a detenernos aquí en el plano de la reconstrucción de los hechos. Incluso pensamos hallarnos aquí en el camino recto hacia *Vadimia*, pero no daremos un paso más por este camino.

El hecho de que *Bérgida* con sus grandes castros coincida con la región de los vadinienses confiere a la Cantabria leonesa un formidable peso histórico. Sin embargo, no separemos a *Bérgida* del *Monte Vindio*, en el cual se prosiguió la resistencia cántabra. Para las fuentes que relatan la guerra, entre *Bérgida* y el *Monte Vindio* no media más que una palabra: “inmediatamente” (*statim*). Los

derrotados cántabros se acogieron *inmediatamente* al *Vindio* porque este monte y *Bérgida* están contiguos.

Así como ella ha sido totalmente desconocida y suplantada, lo ha sido también, aunque en menor grado, el *Monte Vindio* ya citado por Ptolomeo. Se halla en la cordillera Cantábrica pero ¿dónde precisamente? Sin duda ninguna el tramo de cordillera que mayor número de sufragios ha obtenido, por decirlo así, como *Monte Vindio*, han sido los Picos de Europa. Aun a contramano de la mal situada *Bérgida*, ya fuera en Aguilar de Campoo, ya en El Bierzo, se ha tendido a identificar el *Vindio* con los Picos de Europa. Ahora, con *Bérgida* al pie, la identificación es definitiva. Los derrotados penetran a los Picos por alto, por Pontón y Panderruedas, y por lo bajo, por la hoya de Sajambre, concretamente hacia el macizo occidental, o de Peña Santa, el más próximo y el más abierto.

Se refugian en su *Monte Vindio*, es decir, "blanco" en celta, altísimo, por naturaleza segurísimo y tal que antes pensaban ellos que habían de subir a él las olas del mar que no la armas de Roma. Perfecta caracterización para todo aquel que conozca los Picos. La albura característica de su roca, la altura como conjunto, la natural seguridad en el doble sentido de la defensa y de la protección; la defensa, por las escarpadas estribaciones, los tremendos fosos —del Sella, Casaño-Cares y Deva— y los antemurales en todas direcciones —la cordillera al sur; el cordal de Arcenorio al oeste; la sierra de Cuera al norte, y Peña Sagra al este; y en cuanto a la protección, por las numerosas vegas de pasto, zonas de bosque y abundante agua que encierran en su interior. En fin, la vista del cercano mar que se sugiere.

La hipérbole relativa a las olas del mar y a las armas de Roma no es un recurso del escritor sino la expresión popular justísima de un doble contenido anímico: la confianza total en las extraordinarias condiciones defensivas de su montaña, y la ignorancia, con subestima consiguiente, de las potencialidades de la técnica militar romana. Sus ojos incrédulos hubieron de contemplar cómo desde el mismo mar ascendían las armas de Roma y tejían un cerco inverosímil de caminos por la roca viva en la entraña misma de los Picos.

La hipérbole provoca en nosotros una interpretación con su doble coordenada: sobreestima de la naturaleza, ignorante subestima de la técnica. Los cántabros mismos quedan reflejados en el planteamiento de la hipérbole. La montaña les domina a ellos porque no disponen de las técnicas avanzadas de los romanos, y piensan que también domará a los invasores, por lo menos con el concurso de su guerrilla montaraz. Son hijos de la montaña, de la naturaleza física, modelados por ella. Pero, al fin, más que la naturaleza de la montaña y la humana montaraz de los cántabros pudo la técnica romana. Y entonces, antes de caer en la temida esclavitud que aguardaba a los combatientes que cayesen prisioneros, los más eligieron sucumbir por el hambre del asedio. Se ha calificado como comportamiento "ibérico" el suicidio colectivo que vemos en los cántabros, en particular y en toda su grandeza en el holocausto espontáneo del *Monte Medulio*, al cual prenuncia ya el *Vindio*. Sería la misma alternativa de Numancia: la libertad o la muerte. Pero, sea lo que fuere de un posible iberismo cántabro, podemos ver también aquí a la madre montaña modeladora de actitudes básicas del psiquismo. Una montaña absolutamente radical, en la que vida y libertad son equivalentes, como en las aves, las plantas, los arroyos. En la que la vida humana, sin guarnecer por la técnica, es un reto y riesgo permanentes, que se ganan o se pierden. Y la libertad, como vida del alma, es decir, del cuerpo. Estrabón subraya que el apartamiento del comercio humano y la aspereza de la tierra les aumenta la ferocidad salvaje. Acaso en esta observación se comprenda la interpretación dada por nosotros.

La gloria del *Monte Vindio* se reparte generosamente. Al este, Liébana; al norte, Cabrales y Onís; al sur y suroeste, Valdeón y Sajambre, cabecera de la Cantabria leonesa.

"Por aquel tiempo", dice imprecisamente la fuente romana, atacaron los astures por el Astura (*Esla*), bajando de los montes nevados. Evidentemente se adelantan a la ofensiva romana contra ellos. Y bajan por la región fronteriza con los cántabros, por el Esla, y precisamente de las montañas. Ade-



Lápida relativa a la legión VIII hispana, recientemente hallada en Aleje, testimonio de la actuación de la legión por el Alto Esla.



Valdeburón. La vega es Valberga (Valle de Bérgida). Esta hubo de estar asentada sobre las lomas de la izquierda, que cierran el valle de San Pelayo.



Cordales del macizo central de los Picos de Europa, que descienden hacia el Cares (Cordiñanes). Forman una sola de las complejas barreras defensivas de Corona (abajo), que a su vez ostenta el perfil de obra de defensa, perceptible en la imagen. Corona resistió a los romanos mucho antes que a los árabes.



más, lo que no era de esperar de los "bárbaros", demuestran una perfecta organización en sus formaciones, de suerte que probablemente hubieran superado a las legiones (que habrá que suponer cansadas de las campañas cántabras), de no haber mediado la traición de los "brigecinos". Pero, derrotados, habrán de refugiarse en *Lancia*, fortísima ciudad astur entre el Esla y el Porma, que también será tomada por los romanos.

Las breves pinceladas de la resistencia astur cobran consistencia después de la localización de *Bérgida* en el Alto Esla y del *Vindio* en los Picos de Europa. El Esla, río frontera, fue la superficie de contacto de la resistencia astur con la cántabra. En *Bérgida* no dejarían de participar los astures, que desde luego observaban. Mientras la campaña del cercano *Vindio*, se preparaban ellos para sorprender a las gastadas legiones, antes que se repusieran para venir sobre ellos mismos. Así es que fueron los astures montañoses de la región del Esla, y no los de las tierras llanas, los adelantados de la resistencia contra la conquista romana. *Lancia* fue utilizada por ellos, no consta más. Y los "brigecinos" fueron traidores a la causa. Después de la hecatombe de los cántabros y ante el despliegue romano de conquista, no es de extrañar que muchos astures permanecieran pasivos, aunque sin llegar al extremo de los "brigecinos". Tanto más brilla la salida heroica de los astures montañoses del Esla.

2. FRENTE A LA INVASIÓN ÁRABE

Contra el cálculo de los cántabros, en el *Vindio* fue la avanzada técnica humana en sus múltiples formas la que domeñó a la naturaleza adversa pero no tenía por qué suceder lo mismo en el caso de los árabes, a pesar de que la situación se repita en lo fundamental.

Desde luego tropezamos con *Covadonga*, con el nombre para la historia fácil que oculta muchas cosas, las más, a fuerza de mostrar una sola. Porque ni podemos aceptarla como la batalla fantástica y bíblica de la crónica, ni simplemente negarla dominados también aquí por la reacción del "todo o nada", ni tampoco, a la manera de algunos contemporáneos, circunscribirla al papel de escaramuza. Como si los árabes que habían asombrado al mundo con su galopada conquistadora fuesen a volver grupas encogidos a causa de una escaramuza.

Covadonga es un nombre histórico pero arrojándolo, situándolo allí donde está. Es lo que pudo ser, ni más ni menos. Los árabes, que no tenían el menor motivo para magnificar el nombre de *Covadonga*, nos hablan una y otra vez de "La Peña de Belay" en un contexto demasiado amplio como para referirse minuciosamente al Monte Auseva. La Peña de Pelayo es, por lo pronto, Peña Santa, el macizo occidental de los Picos. Pero, como éste no se puede separar a efectos de guerra de los demás macizos, La Peña de Pelayo es ni más ni menos que los Picos de Europa. Aun la crónica cristiana llama *altísimo* al Monte Auseva, lo cual suena ridículo, si no se toma como aplicado al macizo.

Covadonga es el espolón del tremendo macizo en cuyo interior desistieron de penetrar los árabes. Desistieron en *Covadonga*. Se retiraron en *Covadonga*. Y muy probablemente después de una emboscada que resultó desastrosa para ellos. Pero lo que no pudieron asimilar fue el gran macizo. Frente a los Picos de Europa no servía su ritmo de conquista fulminante sino que se requería la guerra sistemática de asedio que aplicó Roma: el paciente asentamiento, la inverosímil red viaria labrada en roca viva o enlosada, que penetra hasta el interior de los Picos, el más amplio despliegue de recursos técnicos y humanos. Era más cómodo menospreciar, como hicieron, el reducido número de refugiados en la montaña. Como si hasta incluso hubieran podido contarlos a través de los escondrijos de los Picos...

¿Por qué no se valieron los árabes del sistema de caminos legado por los romanos para repetir a su vez ellos el asedio? Evidentemente porque faltó la voluntad de aplicar esa táctica. Por cierto, que la explicación de la extravagante ruta de la retirada árabe, que la crónica señala, reside principalmente, pensamos nosotros, en su deficiente orientación con respecto al camino romano de salida, que

sólo después de la más penosa travesía, diríamos a contra peña, alcanzaron hacia Bulnes y siguieron por Sotres y Duje arriba, ya por la calzada del Caoro.

Pero volvamos a la Cantabria leonesa. Los valles de Sajambre y Valdeón están estrictamente implicados en el macizo de Peña Santa. La tradición de Pelayo en ellos, en particular en Valdeón, no puede ser más grave. En Valdeón se despierta casi la reacción airada por el hecho de haber sido preterida su tradición, concretamente la de Corona. Y no es que nosotros asociemos la coronación de Pelayo a *Corona* por la coincidencia del nombre —Corona alude simplemente al castro— sino porque en Corona existió poblado cántabro y porque allí localiza la tradición esa coronación de Pelayo, que hubo de consistir en el reconocimiento de Pelayo como rey por parte de los naturales, independientemente de que en otras partes asimismo se produjeran otras coronaciones o reconocimientos. Sandoval se refiere a que Pelayo reclutó combatientes en Valdeburón y añade que Pelayo y los suyos “se hicieron fuertes en Valdeón y en Covadonga y en otros montes asperísimos”. La cabecera de la Cantabria leonesa está íntimamente vinculada a Covadonga.

Otro tema de comienzos de la Reconquista llamado a revisión es el de la batalla de *Pontuvio*, la gran victoria de los cristianos en tiempos de Fruela y bajo su mando. Resulta punto menos que increíble que se pueda ver aquí *Puentedeume*, siguiendo a la tardía y desatentada mano que escribiera tal palabra al margen de la crónica y rindiéndose a la pereza mental que hace coincidir a la Galicia actual con la antigua *provincia de Galesia*. Ya es un absurdo el que el musulmán atacara al embrionario reino de Cangas de Onís por Puentedeume. ¿Para qué tan enorme rodeo hasta el mar Atlántico? Pero el absurdo se duplica suponiendo que hasta allí salió Fruela a darle batalla. ¿Por qué no le dejó acercarse? En cuanto a la *provincia de Galesia*, el mismo autor de la crónica, Alfonso III, el más autorizado testigo de la época, sitúa repetidamente su límite sobre el Cea en documentos confirmados por los magnates de su reino, al hacer donaciones al monasterio de Sahagún, aparte de otros testimonios de documentos particulares contemporáneos.

Una vez deshecha la torpe confusión existente entre la *provincia de Galesia* y la actual Galicia, nada se puede oponer a la identificación de *Pontuvio* con *Pontón*, entendido en amplio sentido juntamente con Arcenorio y Ventaniella (quién sabe si también Tarna), situado en la provincia de *Galesia* naturalmente y llave de la cordillera sobre el reino de Cangas de Onís, amparado a la sombra de los Picos. Dado el nombre del lugar de la batalla (*Pontuvio*, *Pontumo*, *Pontunio*) y la situación de *Pontón* con respecto a Cangas de Onís, los papeles están cambiados lastimosamente. Lo que habría que intentar demostrar es que no se trate de Pontón. ¿Habría que añadir la estupenda tradición de las ermitas construidas en aquellos pasos de la cordillera, votivas y justamente atribuidas a Fruela?

La batalla de Pontón es el espaldarazo más fundamental del reino cristiano de Cangas de Onís, después de la campaña de los Picos de Europa. Una vez más la montaña salvó la causa de los montañeses contra el enemigo invasor. Los pasos de Pontón son los altos de *Bérgida*, como los Picos de Europa son el *Monte Vindio*. Se repitió, pues, la táctica, esta vez con éxito.

Pero la batalla de Pontón es, además, la pieza de todo un sistema defensivo planteado en la cordillera, la barrera del reino cristiano, lo cual acaba por conferirle la última credibilidad. Esta barrera nos ilumina la etapa de consolidación del reino de Cangas, que se extiende desde Alfonso I a Alfonso III, desde mediados del siglo VIII hasta pasada la mitad del IX. Alfonso I repuebla intensamente la cornisa cantábrica, un hecho perfectamente ilustrado en Valdeburón por las huellas de cultivo que trepan hasta la roca viva. Esta repoblación del Norte, como término *ad quem*, no nos ofrece la menor duda, por más que se procure matizar su término *a quo* de la llamada despoblación del Duero.

Esta repoblación de la vertiente cantábrica (la crónica menciona Asturias, Liébana..., y nosotros la comprobamos efectivamente) debió de contar lógicamente con una cobertura defensiva situada en la cresta de la cordillera contra las previsibles incursiones lanzadas por los árabes desde el sur.

Pues bien, poseemos preciosos testimonios de esta cobertura, que no era sino la ampliación a la cordillera por el sur de la táctica defensiva dictada en última instancia por los Picos. Entonces debieron de reactualizarse consiguientemente los castros de *Bérgida*. La batalla de Pontón se libró exactamente en esta línea defensiva montada sobre la cordillera.

En fin, para bosquejar todo el panorama de la resistencia en este primer siglo y medio de la Reconquista, parece muy probable que al pie de la cordillera por el sur permaneciesen establecidos algunos puestos árabes. Pero advirtiendo que la cordillera ostenta un desdoblamiento hacia el sur, constituido por el macizo de Peña Corada. Es al pie de ésta donde, según hemos argumentado en otra parte, debieron de estar situados algunos puestos árabes, tanto en el Esla como en el Cea, hacia la altura de Cistierna y de Almanza. Curiosamente esta línea coincide con la antigua frontera sur de los vadinienses, línea de transición entre la montaña y la llanura. Se confirma, también aquí por segunda vez, cómo la montaña es poco menos que determinante, cómo la geografía dictaba casi las líneas de la historia.

II. CONSTANTES HISTORICAS

Hemos visto las cumbres históricas, actuaciones cimeras de un pueblo que pugna desesperadamente por salvarse como pueblo frente a la agresión extraña, netamente superior. En estas actuaciones, que hoy llamaríamos límites, el agente se decanta y extrema. En trance de perecer, hace que se trasluzca lo más íntimo de su ser, así como la llama emite, a punto de extinguirse, los fulgores más entrañables. Aunque sucumba como pueblo, habrá dejado a la historia un ejemplo glorioso de la pureza de su impulso vital, identificado con la libertad, pero además, en el orden práctico del nuevo sistema vigente, seguirán pesando y aflorando aquellas características humanas tan brillantemente decantadas a la hora de la prueba. Así desembocamos en la otra componente de nuestro tema, las constantes históricas.

Aquí mismo se ha citado y, al parecer, suscrito la síntesis de Menéndez Pidal, su visión del hombre español como forjado por la romanización sobre la base ibérico-céltica, una forja para la eternidad, para miles de años de historia. Sánchez-Albornoz ha visto en el integralismo ibérico la raíz permanente del "todo o nada" hispánico. Una vez lograda la más íntima y constitutiva aleación del alma de un pueblo ¿cuánto tarda en desaparecer? Podríamos aducir un paralelo sugestivo por vía de ilustración. Se ha dicho que en mil años desaparece el 20 % del léxico de un idioma; y en cinco mil años el idioma mismo. Naturalmente que un idioma fijado por la escritura permanece más largo tiempo. También el metal anímico de un pueblo que se ha forjado en supremas pruebas de heroísmo colectivo, en la vivencia constituyente, como podemos llamarla, de las aquí llamadas cumbres históricas. Tal vez no nos baste a nosotros el grito unamuniano: "El alma de mi pueblo es medieval", y tengamos que decir: "El alma de mi pueblo es primitiva, prerromana".

Sin embargo, como enteramente conscientes de lo infinitamente delicada que resulta la tarea de registrar las fibras más íntimas y perennes del alma de este pueblo. Mucho más todavía, si pretendiéramos aislar lo que pudieran encerrar de característicamente suyo, de "propio y privativo", como solían decir antiguamente al referirse a los términos concejiles.

No será posible determinar si la identificación de la vida de los montañeses con su montaña pudo pesar, en la situación límite de la pérdida de la independencia, en su reacción de suicidio colectivo, como insinuábamos inspirándonos en Estrabón, contemporáneo de la conquista. Pero sí es indudable que aquella vida estaba plasmada por la naturaleza de la montaña en libertad y colectividad. Caza y pastoreo, actividades básicas, no conocían otra limitación que la de la colectividad: los lími-

tes del territorio propio del clan. Y aun la parcela que ha de cultivar el particular, pertenece a la colectividad, que es quien se la transmite, como se ha conservado en Llánaves de la Reina. A esta tradición de propiedad colectiva, de ascendencia tribal, se debe el extraordinario predominio de la propiedad comunal en la región. Así es que la extensa propiedad señorial no pudo fraguar aquí. Si existió, fue transitoriamente, para volver luego a la colectividad o fragmentarse en manos de los particulares. Un ejemplo extremo de la permanencia de lo comunal son los terrenos mancomunados que pertenecen a varios municipios, al haberse repartido por ellos la población de un castro primitivo.

Al carácter comunal de la propiedad corresponde el concejo abierto, conservado hasta nuestros días, en el que los vecinos deliberan mayoritariamente y en libertad sobre los problemas planteados por ella. Esta libertad concejil, libertad del clan, sólo está sujeta a la instancia superior del estado, la moderna tribu, pero no al dominio particular de un señor. Ya lo hemos dicho, no pudo arraigar el señorío en la montaña, pese a Cifuentes en Riaño, Prado en Valdetuéjar, y Tovar en Tierra de la Reina. Frente a la amenazante invasión por parte del señorío lucharán fieramente los concejos aglutinados en merindad y asistidos por la hermandad. Es el caso de la célebre merindad de Valdeburón, que se mantiene en pie frente a Prado y Tovar desde la Edad Media, y no desaparece sino con el orden nuevo del siglo XIX. El merino de Valdeburón sólo dependía del rey y los tribunales reales, no de corregidor alguno, fuese de León o de Oviedo, por lo menos *de iure*.

Más difícil aún que la autonomía política se presentaba la económica ya desde los tiempos de Estrabón, que registra la falta de trigo y vino entre los cántabros, objeto codiciado en sus incursiones de saqueo por las tierras llanas. Esta constante de su deficitaria producción se resolverá durante más de mil años mediante la llamada *Carretería de Campos*, uno de los tres pilares de su economía de subsistencia, junto con el pastoreo y el cultivo de un escaso terreno, fundado en la magnífica riqueza de los montes comunales, poblados de haya y de robles centenarios, que brindan la materia prima para la artesanía de aperos de labranza. La intensa corriente de intercambio así establecida —aperos de labranza por trigo y vino— constituye la más poderosa vinculación de la montaña y la meseta desde la Alta Edad Media hasta entrado el siglo XX.

Por tantos beneficios como recibieron del árbol de sus montañas, bien pudieran los montañeses del Esla, descendientes de los antiguos vadinienses, venerar el árbol como ellos, que solían representarlo en sus lápidas funerarias juntamente con el caballo. Pero también el caballo mereció su atención a través de la historia. La merindad de Valdeburón, cabecera de la Cantabria leonesa, merindad vinculada a la ciudad de León por su privilegio fundacional, así como perteneciente al obispado de León desde siempre, se gloria de que en ella pusieron los reyes leoneses las caballerizas reales, de que salieron tantos caballos de casta para sus victoriosas guerras.

Habría que apuntar a su vez la trashumancia con sus agostaderos en lo alto de la cordillera para el ganado fino como una constante más. Desde poco después del año 900 el monasterio de Sahagún poseyó pastos en el Alto Esla, así como también el de Eslonza algo más tarde, y el de Sandoval, en el Alto Cea. Conforme avanza la Reconquista hacia el sur, se amplía la oscilación de la trashumancia. La cañada leonesa asciende a lo más alto de Valdeburón. De este modo, gracias a la renta de sus pastos concejiles, podían los concejos hacer frente a sus gastos y aun descargar a los pecheros, la menor parte de la población, del pago de sus impuestos, que a menudo resultaban abrumadores.

No han pasado los cinco mil años calculados para la desaparición de un idioma pero sí dos mil desde que Estrabón diera a la posteridad su imagen del modo de vida de los montañeses y el modo como luchaban y morían los cántabros en particular. Esta imagen ha debido evolucionar lentísimamente. Por ejemplo, la nota peculiar y fundamental del matriarcado, conservado aún por los vadinienses, parece sonar netamente en el siglo XIV, cuando dos mujeres de Sajambre desempeñan los oficios concejiles de juez y procurador en el mismo año, aunque en compañía de otros.

La montaña es arcaica, eternizante. Reduce los milenios a siglos. No pocos trazos de la imagen estraboniana se han perpetuado hasta la llegada de este siglo, y aun diríamos hasta el año 36, en técnicas materiales y costumbres humanas, como el uso de vasijas de madera o el baile de la danza prima. Aunque rota en añicos la imagen de Estrabón al chocar contra la sociedad industrial, no sería difícil recoger todavía los fragmentos conservados hasta nuestros días. Pero aquí nos lo veda el compromiso de síntesis, la escala aplicada en el desarrollo del tema.

Además de las pruebas demostrativas de nuestras tesis, hemos dejado fuera del marco de la charla el desarrollo mismo de los temas. Nos hemos limitado a dibujar el programa. Hemos podado y recortado en la fronda viva y oscilante de la historia para lograr la visión de una silueta. Nuestra mayor satisfacción, al terminar, será ésta: que, por los mismos perfiles de la silueta recortada, reconozcáis cuánto se ha dejado fuera de la vista.